

CONSTRUCCION SOCIAL DE LAS MEMORIAS EN LA TRANSICION CHILENA

Norbert Lechner y Pedro Güell*

Memoria y olvido son construcciones sociales, continuamente elaboradas y reformuladas. Este proceso tiene lugar en el marco de otra construcción social y cultural más amplia: la producción social del tiempo. Sobre el escenario de nuestra particular concepción del tiempo, la memoria y el olvido, el presente y el futuro actúan y se ordenan como simbolizaciones de esa gran obra de la acción colectiva que llamamos historia.

Los "tiempos modernos" actuales se caracterizan por el doble proceso de diferenciación y concatenación entre pasado, presente y futuro. Situando al presente en la tensión de pasado y futuro, la sociedad moderna puede tomar distancia de la contingencia de lo inmediato y enfrentar a la realidad como un orden moldeable. En este contexto se sitúa el argumento central del artículo: es como parte de este doble proceso - producción del tiempo y del orden social - que trabaja la memoria moderna en la vinculación de pasado y futuro.

Analizaremos dicho proceso en el caso de Chile. Por una parte, la transición chilena a la democracia organiza -a partir de sus condicionantes iniciales- determinada vinculación de los tiempos. En nombre de la gobernabilidad se enfatiza el futuro posible en detrimento de un pasado de conflictos. Mas el silenciamiento del pasado no elimina las divisiones sociales. De modo recurrente irrumpe el pasado, socavando la construcción política del consenso. La mala memoria no permite fortalecer el vínculo social y las capacidades de acción colectiva. Por otra parte, el modo de modernización imperante, al concebirse como resultado cuasi espontáneo de las fuerzas autónomas del mercado y de los intereses privados, oscurece el vínculo entre el orden social y la acción colectiva. El efecto es el debilitamiento de la percepción del tiempo como un espacio en el cual la sociedad construye su futuro. El resultado, en ambos casos, es un "presentismo" altamente contingente y un bloqueo de las aspiraciones de futuro.

* Consultores del PNUD-Chile, y miembros del equipo del Informe de Desarrollo Humano. El presente texto es una ponencia presentada al taller del Social Science Research Council: "Memorias colectivas de la represión en el Cono Sur", Montevideo, 15/16 de noviembre 1998.

1. Construcción de la memoria, producción del tiempo

La memoria es una forma de distinguir y vincular el pasado en relación al presente y al futuro. No se refiere tanto a la cronología de hechos que han quedado fijos en el pasado como a su significado para el presente. La memoria es un acto del presente, pues el pasado no es algo dado de una vez para siempre. Aún más: sólo en parte es algo dado. La otra parte es ficción, imaginación, racionalización. Por eso la verdad de la memoria no radica tanto en la exactitud de los hechos (*res factae*) como en el relato y la interpretación de ellos (*res fictae*).

La memoria es una relación intersubjetiva, elaborada en comunicación con otros y en determinado entorno social. En consecuencia, sólo existe en plural. La pluralidad de memorias conforman un campo de batalla en que se lucha por el sentido del presente en orden a delimitar los materiales con los que construir el futuro. A la luz del presente las memorias seleccionan e interpretan al pasado. Algunas cosas son valoradas, otras rechazadas. Y esas miradas retrospectivas van cambiando; un día iluminan un aspecto que otro día ocultarán. Los mismos hechos pueden ser tratados de modo muy distinto. Los usos de la memoria pueden justificar la repetición del pasado como legitimar la transformación del presente. Pero los diferentes usos se guían por una misma brújula: el futuro. Es en miras del futuro que el pasado es revisado y reformulado. La memoria establece continuidades y rupturas y es ella misma un flujo temporal.

La construcción social de la memoria se inserta en un proceso más general: *la construcción del tiempo social*. Hay que "historizar la memoria" (Le Goff, 1991) y situarla en determinada concepción social del tiempo. Por largos siglos, el tiempo social era poco diferenciado. Pasado y presente se entrelazaban sin mayor discontinuidad en la misma distancia sideral al tiempo cósmico (vivido como eterna repetición de lo mismo), o en la referencia a un tiempo escatológico determinado de antemano como un futuro absoluto (vivido como espera del Juicio Final). Alrededor de 1500 la conciencia de "lo nuevo" modifica la visión del tiempo y sólo a fines del siglo 18 se afianza la distinción de pasado, presente y futuro como tiempos discontinuos de un mismo proceso - la historia (Koselleck, 1993). Nuestro tiempo social es pues una construcción relativamente reciente. Es mediante esta operación que la sociedad moderna asume el pasado en tanto producto de la acción humana a la vez que toma distancia de la contingencia del presente y del futuro. Una

distancia que permite enfocarlos como tiempos abiertos, es decir, disponibles y moldeables.

La estructuración moderna del tiempo establece, en primer lugar, una fuerte vinculación entre las partes del tríptico. Pasado, presente y futuro, siendo diferentes, sólo adquieren significado en su relación recíproca. Se trata, en segundo lugar, de una relación compleja por cuanto no existe una determinación unívoca del "antes" sobre el "después", ni del "mañana" sobre el "hoy". El pasado no define automáticamente las decisiones del presente ni éstas predeterminan el desarrollo del futuro. De la misma manera el futuro no ofrece una dirección absoluta a partir de la cual definir las decisiones sobre el presente. En consecuencia, tercero, la relación entre pasado, presente y futuro representa una construcción problemática. Hay distintas maneras de mirar y sentir cada uno de los tres tiempos y, en particular, de anudar los hilos, tenues o gruesos, entre ellos. Y de esa delicada trama depende finalmente la construcción del orden social y su sentido. Nuestro modo de vivir el orden social tiene que ver con la forma en que situamos al presente en la tensión entre pasado y futuro.

Las transformaciones en la concepción imperante de tiempo modifican consecuentemente la estructura y función de la memoria. Un sugerente ejemplo lo ofrece el paso de la Edad Media a la Época Moderna (Le Goff, 1991). Allí, con el paso de la "sociedad tradicional" a la "sociedad moderna" volcada al futuro, desaparece la memoria inmemorable que transmite las tradiciones consagradas, que repite lo que nuestros ancestros hicieron y dijeron, que institucionaliza derechos y costumbres venerables. Aparece una *memoria activa* elaborando un "pasado presente". La memoria se transforma en la representación de las posibilidades que nos están abiertas y de los caminos que nos están vedados como efecto de la experiencia vivida. Es el hombre de ayer quien por fuerza de las cosas predomina en nosotros, decía Durkheim. Como sabe toda persona por su propia biografía, también para los países, considerando ciertos antecedentes históricos, no todos destinos son ya posibles. El pasado condiciona las trayectorias futuras. Especialmente el enfoque institucionalista ha destacado el papel de tal "path dependence" (North, 1993) en el desempeño institucional y económico del nuevo orden democrático. La memoria es la herramienta con la cual la sociedad se

representa los materiales, a veces fructíferos a veces estériles, que el pasado le aporta para construir su futuro.

Actualmente presenciamos un importante cambio de las coordenadas temporales que ordenan nuestra vida social. Según muestra el conocido estudio de Koselleck (1993), la época moderna se caracteriza por una aceleración temporal que abre una brecha entre el campo de experiencias de la gente y su horizonte de expectativas. Las experiencias rápidamente devienen obsoletas al vez que, por otro lado, las expectativas de futuro crecen más y más despegadas de la realidad presente (utopías). Esta aceleración alcanza un giro radical en nuestros días. Las nuevas tecnologías asociadas al proceso de globalización y la crisis de las ideologías de la historia han llevado a un desanclaje entre tiempo y espacio (Giddens, 1995); el tiempo se comprime al punto de que todos parecemos vivir en un mismo instante sin importar donde nos encontramos (Harvey, 1990). El tiempo como flujo tiende a desaparecer, instalándonos en un "timeless time" (Castells, 1996) El efecto es la ausencia de una conexión intrínseca entre los eventos que pudiera dotarlos de un sentido más allá de ellos mismos.

Nuestro tiempo se asemeja a un "presente omnipresente" (Lechner, 1997). Por una parte, el presente pierde proyección a futuro. No solo entra en crisis la fe en el progreso bajo el impacto de los "riesgos fabricados" por la sociedad posindustrial. La noción misma de futuro parece desvanecerse. La noción de posmodernidad es controvertida, pero señala una tendencia: "lo nuevo" se ha vuelto problemático. Por la otra, el presente pierde profundidad histórica. Cabe preguntarse, si la retracción del horizonte de futuro arrastra consigo también una contracción del pasado o si, por el contrario, el desvanecimiento del futuro provoca una valoración del pasado. Las dos posibilidades no se excluyen entre si. Probablemente asistimos a un fuerte desdibujamiento del pasado y - por eso mismo - a una rememoración en busca de sus huellas.

Este es el contexto que define hoy la operación y el sentido del olvido y de la memoria; y en ellos se enmarca también nuestra relación con el futuro. Una primera posibilidad es **olvidar el pasado**. Esto puede ser vivido de dos maneras. Por una parte, puede ser vivido como una pérdida. Así lo testimonian dos sentencias que gusta citar Hannah Arendt (1998). Como resultado de la pérdida de la tradición, "nuestra herencia no está precedida de ningún testamento" (René Char).

Consecuentemente, carecemos de criterios para enfrentar el futuro: "Como el pasado ya no aclara el porvenir, el espíritu camina entre tinieblas" (Tocqueville). Pero el olvido puede ser también vivido como un acto de liberación. "No hay vida sin olvido" (Nietzsche). A veces la historia deviene un lastre que amenaza con aplastar al presente (como en la guerra de los Balcanes). Entonces es hora de "liberar el futuro de su pasado". Vale decir, hay que procesar/seleccionar/eliminar lo pasado para dejar lugar a lo nuevo.

También la segunda posibilidad - **recordar el pasado** - tiene dos lecturas. Puede ser un reconocimiento de lo perdido. Como dice la canción: la vergüenza de haber sido y el dolor de ya no ser. Una especie de "melancolía" que asume el dolor y la vulnerabilidad. Pero puede ser igualmente una lectura nostálgica que - de cara a las miserias del presente - recuerda las alegrías de antaño. Las dos posibilidades no se excluyen: la memoria y el olvido forman pareja. La memoria es una forma esculpida por el olvido como el perfil de la orilla por el mar (Augé 1998).

2. Chile: la política de la memoria

En los países del Cono Sur (como en Europa Central y Sudáfrica), la transición a un régimen democrático pone en tela de juicio el pasado. Pero las formas de hacerlo pueden ser diferentes, pues dependen de las dinámicas concretas de cada proceso específico (más o menos rápido, con mayor o menor ruptura). No es lo mismo la derrota militar de la dictadura argentina que el plebiscito constitucional de Chile. Además, no es lo mismo si el colapso de una dictadura es vivido como una derrota o como una liberación (Alemania 1945). El contexto sociopolítico determina las formas en que las memorias colectivas revisan el pasado. La lucha de las diferentes identidades colectivas por recordar sus respectivas historias remite a un ámbito de representación donde reconocerse y ser reconocida. A su vez, las posibilidades y alcances de esa lucha están marcadas por la forma y dinámicas de ese ámbito. La disputa de las memorias remite pues a la política en tanto "puesta en escena" de las memorias posibles. Toda sociedad posee una **política de la memoria** más o menos explícita, esto es el marco de poder dentro del cual (o contra el cual) la sociedad elabora sus memorias y olvidos.

Suponemos que la construcción colectiva de la memoria opera en una doble tensión: la relación entre pasado y futuro así como la relación entre la construcción política y elaboración social. Analizaremos estos procesos en el caso de Chile. Una exposición (de trazos exageradamente gruesos) de la lucha política en torno al pasado servirá de trasfondo para reflexionar los desgarros de la memoria colectiva al nivel societal. Presentaremos la "política de la memoria" a través de 1) el futuro visualizado en 1990, 2) las políticas respecto a los derechos humanos y 3) su cuestionamiento actual.

La transición chilena

El proceso de transición democrática en Chile se caracteriza por tener lugar 1) en el marco político-legal fijado por la Constitución de 1980; 2) con una economía capitalista de mercado en expansión; 3) la continuidad de Pinochet en la escena política (como comandante en jefe del ejército y senador vitalicio) y 4) una distribución bipolar bastante estable de las fuerzas políticas. Se trata de una "transición pactada" en el sentido de que las fuerzas armadas reconocen la vigencia de un régimen democrático y los partidos políticos reconocen los procedimientos establecidos por la Constitución de 1980.

El primer gobierno democrático de Aylwin enfrenta tres tareas prioritarias: 1) afianzar el régimen democrático, 2) reformar la economía para vincular crecimiento y equidad social y 3) juzgar las violaciones de los derechos humanos. La enumeración indica una jerarquización que obedece a un cálculo de factibilidad. No pudiendo enfrentar las tres tareas simultáneamente, la coalición gubernamental enfatiza la consolidación de la democracia. En el fondo, apuesta a la política; es decir, confía en que la dinámica del "juego político" vaya abriendo el campo de maniobra.¹ Ello circunscribe "lo posible": es posible lo que se puede lograr mediante acuerdos amplios. La llamada "democracia de los acuerdos" exige reformas negociadas y graduales que no lesionen los intereses vitales de las partes. De este

¹ La dinámica política es ignorada por los grandes relatos, como el de Tomás Moulián sobre el "Chile actual", que reducen la transición a una operación de "transformismo" cuasi-conspirativa, destinada al "blanqueo" de la dictadura. "Se trata de un diversificado conjunto de operaciones cuyo objetivo ha sido imponer la convicción y el sentimiento que para Chile la convivencia de pasado y futuro son incompatibles. Que es necesario renunciar al pasado por el futuro". En consecuencia,

modo queda entronizado como principio rector la gobernabilidad, entendida como contención de conflictos. Ello implica que un conjunto de materias queda sustraído (de jure o de facto) a la decisión política.

Este contexto configura determinada estructuración del tiempo social. El presente está "amarrado" por la continuidad jurídica y económica con el pasado. Simultáneamente, el presente busca liberarse de un pasado de conflictos que dividen a la sociedad. Sin embargo, no logra olvidarlo, precisamente por la presencia recurrente de los conflictos heredados. Dadas estas dificultades de manejar al pasado, la acción política se vuelca al futuro. "Darle tiempo al tiempo" y "mirar al futuro" son los lemas de todos los partidos políticos. Se trata de asegurar la gobernabilidad mediante un futuro compartido. La "política del consenso" esboza un horizonte de futuro en base a dos pilares: democracia representativa y economía de mercado. Dicha política asegura un clima de paz y tranquilidad anhelado por todos. Simultáneamente el consenso encubre una diversidad de interpretaciones acerca del significado atribuido a la democracia y el mercado. Más que un consenso en torno a un futuro compartido es un miedo compartido a revivir los conflictos pasados.

Las políticas de la memoria

Similar a otras experiencias, el Chile postautoritario enfrenta al dilema "justicia o democracia". La fuerte tensión entre memoria y futuro presente en ese dilema, así como el estrecho marco de que se dispone para enfrentarla, explica las sucesivas reformulaciones de la política de la memoria en la transición chilena.

Identificando el restablecimiento de la convivencia democrática como objetivo principal, el gobierno de Aylwin encaró el pasado en la perspectiva de la reconciliación nacional. Planteó entonces verdad y justicia como condiciones de un perdón. El punto de vista de la gobernabilidad que marca la mirada al futuro, también abarca al pasado. Por eso, las exigencias de verdad y justicia quedan enmarcadas "dentro de lo posible". Lo posible tiene sus límites.

concluye el autor, "el consenso es la etapa superior del olvido" (Moulián 1997,36 sg). El enorme éxito de la obra indica el eco social que despierta tal denuncia.

La búsqueda de verdad da lugar al Informe de Verdad y Justicia de la Comisión Rettig. Este monumento de la memoria culmina en el discurso de Aylwin de marzo 1991 que, en nombre del Estado chileno, pide perdón a la sociedad. Este gesto ve su alcance limitado por la reticencia de las fuerzas armadas y el asesinato del senador Jaime Guzmán. Los militares no aportan, ni de forma institucional ni de forma anónima, antecedentes sobre los detenidos-desaparecidos. El rito de la reconciliación fracasa (Güell, 1993)

No pudiendo resolverse por la vía de los símbolos del perdón, la memoria herida de la sociedad busca justicia por el camino de la legalidad. Esto motiva la apertura de múltiples procesos por violaciones de los derechos humanos. Sin embargo, no sólo los juicios, sino también las investigaciones judiciales se encuentran limitadas por el decreto-ley de Amnistía de 1978. Las fuerzas armadas se resisten al enjuiciamiento de sus oficiales (incluyendo a Pinochet), pero finalmente aceptan que por el asesinato de Orlando Letelier, excluido de la amnistía, sea juzgado y condenado el general Contreras, jefe de la DINA. Iniciativas posteriores de Aylwin y Frei no encuentran el respaldo parlamentario requerido. En cambio, la Corte Suprema acepta en fecha reciente una interpretación más acotada de la amnistía.

La limitada verdad y justicia alcanzada respecto a las violaciones de los derechos humanos, así como el aumento de la tensión política provocada por esa búsqueda, hace a la "política de la memoria" cambiar sus acentos. El énfasis se desplaza de la justicia a las condiciones que antaño condujeron al conflicto social y al quiebre institucional. Allí se identifica consensualmente a una economía precaria y desigual y a una política ideologizada como las responsables del conflicto originario. Se identifican causas que tienen que ver más con razones objetivas que con pasiones subjetivas. La construcción de futuro (consolidación del orden democrático y un desarrollo económico más equitativo) deviene la premisa para superar el pasado. Ello requiere tiempo. Tiempo para que los dolores más agudos se apaciguen, los sentimientos de odio y miedo se disipen y las inversiones afectivas en el futuro prevalezcan por sobre las deudas del pasado. Seguramente dichas deudas deberán ser saldadas algún día, pero la postergación de ese plazo

de vencimiento puede facilitar abordar el pasado sin efectos desestabilizadores.² El discurso tiene éxito en un triple sentido: acota las diferencias al interior de la élite política, desactiva los componentes subjetivos de la memoria y proscribire de facto el pasado como tema de la conversación social.

La irrupción del pasado

La detención de Pinochet en Londres (octubre 1998) pone al desnudo al dictador, pero igualmente las vicisitudes de la transición chilena. Se hace evidente el dilema que arrastra: pretende construir el futuro dejando atrás un pasado que experimenta como obstáculo. Pero el presente no permite elaborar un futuro compartido sin asumir las divisiones del pasado. La detención de Pinochet lo ha mostrado una vez más, como antes ocurrió con el fracaso de las políticas simbólicas, judiciales y tecnocráticas. La memoria en Chile es una "Caja de Pandora", a la que se teme abrir para no afectar la convivencia difícilmente alcanzada, pero que, imposible de contener, estalla una y otra vez.

A diferencia de otros procesos, la transición chilena se caracteriza por el protagonismo del ex dictador. Su presencia significa para unos la garantía de que sus "intereses vitales" serán resguardados, para los otros un recordatorio de las humillaciones y los dolores del pasado. Para unos y otros Pinochet representa el secreto de familia. El encarna lo inconfesable: hay un cadáver en el armario. Ahora, por un hecho fortuito, irrumpe el pasado y ofrece a la sociedad chilena la oportunidad de reflexionar sobre sí misma. El reto es enorme: "El pasado es fructífero no cuando alimenta el resentimiento o el triunfalismo, sino cuando nos induce amargamente a buscar nuestra propia transformación" (Todorov, 1998: 85).

¿Tenemos la suficiente autoconfianza como para hacer memoria sin dañarnos? Es dudoso si 25 años después del "golpe" y 10 años después del plebiscito la sociedad chilena se siente capaz de asumir su pasado. De hecho, no es una rememoración intencional. Esta vez, como nunca antes en la transición, la memoria se impone. Se trata de una irrupción no deliberada, provocada por un

² La estrategia chilena no es tan diferente de la seguida por otros países. La Alemania de postguerra, por ejemplo, también apuesta al futuro mediante la estabilidad política y económica (en contraste con la experiencia de Hitler y de Weimar). La exaltación de un enemigo externo —el

factor externo (la investigación judicial en España). En segundo lugar, resalta la adhesión incondicional de la derecha y los "poderes fácticos" a Pinochet, restableciendo el clivaje del plebiscito de 1988.³ En tercer lugar, es notoria la inconmensurabilidad de los argumentos en la posterior discusión. Mientras que el gobierno defiende principios de derecho internacional, la derecha invoca acuerdos de gobernabilidad y la izquierda reclama justicia. Finalmente, llama la atención la prescindencia de la opinión pública. La ciudadanía no se moviliza masivamente, aunque tiene su opinión formada: ella apoya mayoritariamente tanto la posición del gobierno (defensa de la inmunidad diplomática) como el enjuiciamiento de Pinochet en Chile.

La debilidad de la política de la memoria en la transición chilena para dar al pasado su justo lugar en la construcción de la democracia futura tiene distintos orígenes, tanto en el sistema político como en la actitud de la gente. Pero lo cierto es que entre ambos se ha producido una suerte de reforzamiento negativo. Por una parte, los ciudadanos, asustados por experiencias traumáticas, temen los conflictos y prefieren la "democracia de los acuerdos" puesta en escena por el sistema político. En concreto, eso presiona al olvido, pues el recuerdo es la representación de un conflicto. Por la otra empero, la fijación del discurso público en la gobernabilidad presente y en lo éxitos del futuro resta espacio y lenguaje al procesamiento del pasado y termina por inhibir el duelo. Entendida la gobernabilidad más como ausencia de conflictos que como la forma colectiva de procesarlos, la política de la memoria no contribuye a ahuyentar los fantasmas de la memoria: que el recuerdo trae un conflicto incontrolable. La gente no encuentra en el ámbito político las representaciones simbólicas que pudieran servirle de espejo para dar nombre al pasado y con ello apropiarse de él. A falta de palabras y símbolos para dar cuenta del pasado, ella opta por el silencio. Y la memoria opta por apropiarse de la gente por la puerta de los miedos. En resumidas cuentas, la ciudadanía solicita al sistema político la representación "neutralizada" de una sociedad sin pasado, en la cual, sin embargo, no puede reconocerse. A fin de

comunismo— permite a la vez silenciar el pasado nazi y recomponer la cohesión nacional. Procesos similares tienen lugar en Francia e Italia.

³ Walter Riesco, presidente del mayor gremio patronal, explica su viaje a Londres: "La comunidad empresarial piensa que el ex general Pinochet encarna la modernización del país, la apertura de la economía, el realce de la tarea empresarial. Pensar que el empresariado no le tiene simpatía al senador Pinochet es poco realista" (El Mercurio, 23.11.98, p.B7)

cuentas, la memoria en su forma más destructiva -como rencor, temor y vergüenza- se instala en el escenario del tiempo social.

3. La construcción social del silencio

La política de la memoria y la relación de la gente con los conflictos de su pasado constituyen el marco en que se construye y reconstruye una forma particular del recuerdo y del olvido. Describiremos en este capítulo, a partir de algunos antecedentes empíricos dispersos, la dinámica y contenidos de la construcción social del silencio.

La mala memoria

Un primer plano en la elaboración del pasado autoritario es la **justicia**. Es cierto que los chilenos no nombran los derechos humanos entre los problemas prioritarios del país. Sin embargo, tienen una opinión formada acerca de la violación de los derechos humanos. Incluso durante la dictadura, según una encuesta de FLACSO de 1986, el 71% de los entrevistados cree que se trata de un problema real mientras que sólo 18% de los encuestados estima que se trata de una propaganda contra el gobierno. Entre quienes consideran que los DD.HH. son un problema real, el 59% está de acuerdo con *"el castigo de todos los responsables después de un juicio justo"* y el 9,5% se inclina por *"el perdón de todos los responsables una vez conocida la verdad"*. Otra encuesta de FLACSO de 1988 (previa al plebiscito) indica que en materia de derechos humanos, un 45% de los entrevistados apoya cambios radicales, un 29% apoya reformas y un 14% es partidario de mantener la situación existente. La demanda de justicia está pues presente en la victoria electoral del plebiscito (1988) y de las primeras elecciones de 1989.

A pesar de las dificultades que enfrenta el primer gobierno democrático, la opinión pública no varía en relación de los derechos humanos. En 1992, a mediados del gobierno Aylwin, una encuesta de FLACSO señala que la mayoría (61%) de los encuestados se pronuncia por conocer la verdad y castigar; un 18% prefiere conocer la verdad y amnistiar y un 13% se inclina por dar por superado el

problema. Una encuesta de PARTICIPA ratifica la demanda de justicia. A la pregunta "*¿qué le falta a la democracia?*" la respuesta "*que se juzgue a los culpables por violaciones de los derechos humanos*" recoge el mayor número de preferencias. Ellas aumentan del 26% de los entrevistados en 1991 al 29% en 1994. Es decir, al menos tácitamente, la exigencia de "*verdad y justicia*" es persistente.

La justicia es solamente un aspecto de la experiencia colectiva de la dictadura anclada en la memoria. Otro es la ***experiencia psíquica*** impuesta a cada individuo. Por supuesto, las encuestas de opinión no pueden dar cuenta de estos procesos y no es fácil evaluar su significado al nivel societal (Lira y Castillo 1991). Estudios cualitativos (Tocornal y Vergara 1998) indican que el 11 de septiembre de 1973 es vivido por los chilenos como una ruptura que - tanto en la vida personal como en la del país - marcan un corte tajante entre antes y después. La interpretación (justificatoria o acusadora) del golpe varía, pero tiende a entenderlo como una irrupción que trastoca todo. De pronto, situaciones extremas que parecían imposibles hacen parte de la normalidad de la vida cotidiana. La ruptura es vivida como "algo" indecible, finalmente inexplicable. Representa un ***trauma social***. Dicha experiencia traumática prosigue luego bajo el régimen militar, recordado como un largo período de miedo y polarización. "Estado de sitio" y "toque de queda", allanamientos y detenciones, cortes de luz y censura informativa, condicionan los nuevos hábitos de los chilenos. Se genera una "cultura del miedo" cuyos efectos disciplinarios perduran hasta el día de hoy (Corradi et al 1992, Lechner, 1998).

El plano más relevante para nuestro tema es el de la ***conciencia histórica***. Marco Antonio de la Parra (1997) habla de la *mala memoria*; hay memoria, pero ella es disgregada, parcial e infeliz. Prevalece una fragmentación de los recuerdos que impide a la gente reconstruir una trayectoria de cierta consistencia. Las imágenes se yuxtaponen como flashes sin generar secuencia alguna. La gente no quiere hablar del pasado, tiene ganas de olvidar, pero no puede dejar de percibir la presencia diaria de ese pasado. Reina una *memoria a pesar de...* Memoria no intencionada, que se filtra por los recovecos de la conciencia como un ruido molesto y permanente.

La mala memoria suele ser, en la mayoría de los chilenos, una *memoria banal*; vale decir, una memoria no dramática, que no ha sufrido ni muertes ni torturas, pero que tampoco las ignora. Una memoria de dolores y miedos cotidianos, sin discurso legitimatorio, que asume lo acontecido como parte de lo "normal y natural". Una normalidad que, en ausencia de sangre visible, es incapaz de reflexionar sus daños. Esta memoria banal hace de la mayoría de la población espectadores del naufragio ajeno, según la metáfora de Blumenberg (1979), donde la ilusión de la seguridad que les proporciona la orilla en la que se hallan termina por ser la causa, esta vez, del naufragio propio. La distancia entre los espectadores y los náufragos se desvanece.

Las memorias chilenas parecen estar hechas de **silencios**. El escritor José Donoso gustaba hablar del "tupido velo del silencio" que se abate desde hace mucho sobre Chile. El silencio se ha instalado de a poco. No obedece a orden alguna, no expresa una consigna. Un silencio que no es olvido. Conoce las historias, pero las calla. Tal vez una manera de expresar lo innombrable; tal vez una estrategia de lidiar con afectos contradictorios. Un silencio que hace gesto de cortesía entre desconocidos y busca la complicidad entre amigos. Un sucedáneo de la conversación. Pero el silencio no es simple ausencia de palabras. También es activo: el silenciamiento. No tiene que ser una acción deliberada. A veces es una mera omisión. A continuación señalaremos algunas razones que fomentan el silenciamiento.

El olvido de la historia

Chile no ha elaborado, a diferencia de sus vecinos, la historia de una conciencia desgarrada. Por una parte, el pasado lejano nos llega a través de una "historia oficial" (y como tal, limpiada de toda encrucijada) sólidamente arraigada en las memorias colectivas. Por la otra, la historia reciente es objeto de profundas divisiones. Subsisten visiones antagónicas respecto al significado de los gobiernos reformistas de Frei y Allende como del gobierno militar. Hay valoraciones opuestas acerca de los contenidos y de las formas de sus políticas. De hecho, los tres gobiernos expresaron valores distintos y realizaron intereses diferentes. Ello implica que los chilenos estuvieran involucrados afectivamente con emociones a la vez fuertes y diferentes. No hubo neutralidad político-ideológica ni indiferencia afectiva.

Todos sintieron en uno u otro momento odio y alegría, esperanza y miedo. Esta movilización de las pasiones no sólo no pudo ser encauzada dentro de la institucionalidad democrática, sino que tampoco pudo ser relatada en los marcos de la historia común. La división pasional y sin lenguaje para conversarla sirvió de excusa para el golpe militar y terminó siendo potenciada por él, esta vez bajo la forma más aguda de división entre vencedores y vencidos.

Si la dictadura reprimió el procesamiento mental y emocional de lo que nos pasaba, el advenimiento de la democracia en 1990 lo marginó. Fracasado el gran esfuerzo inicial (Informe Rettig), el discurso oficial renunció tácitamente a una elaboración del pasado. En la medida en que la correlación de fuerzas políticas limitaba seriamente "lo posible" en verdad y justicia, se proyectó "lo posible" al futuro. Esta decisión, basada en una "ética de la responsabilidad", responde no sólo a la constelación real del poder (de los poderes fácticos) sino igualmente a la opinión pública. Para ella el fin de la dictadura es el fin de la represión, pero no del miedo. La sociedad entera está permeada por el miedo al conflicto. La aguda, a veces patológica sensibilidad a los conflictos pone en evidencia la fuerza de la memoria. Una presencia subcutánea, pero efectiva. Salta a la vista el condicionamiento recíproco: una determinada apreciación de lo posible y factible escamotea los conflictos del pasado al mismo tiempo que, por otra parte, la memoria de los conflictos, en su estado traumático, dificulta una perspectiva dinámica del futuro.

La consecuencia principal parece ser la **pérdida de historicidad**. Nos hemos quedado sin historia. Ello vale para los individuos y para el conjunto de la sociedad. Al nivel individual, parece frecuente el desdibujamiento de las biografías; las vivencias se yuxtaponen fragmentariamente, sin conformar una trayectoria. En consecuencia, dichas experiencias devienen ajenas; secuestradas por fuerzas mayores. La sociedad tampoco logra reconocerse en una historia. Hay demasiada prisa en olvidar un pasado del cual finalmente nadie, por razones diversas, se siente heredero. Demasiada prisa en estabilizar una convivencia decente como para interrogarse acerca de los valores de la vida social. Una urgencia comprensible; ¿no acallaron todas las sociedades de posguerra rápidamente sus daños y dolores? Pero esa prisa tiene un precio: impide poner las cosas en perspectiva. Se imputa a la urgencia de los problemas la dificultad de elaborar un

proyecto de futuro cuando, en realidad, es la falta de perspectiva lo que crea las urgencias (Ortega, 1998: 20)

El resultado es un desencuentro con la realidad. Despojada de su historia, de los trazos y testimonios de la mano humana, la realidad social pierde toda cercanía afectiva. ¿Cómo sentir el orden establecido como algo propio cuando le han sido borradas todas mis huellas? ¿Por qué deberíamos sentir orgullo del país y de su desarrollo, cuando no somos parte de su historia?

La veloz transformación de lo social

Memoria y olvido son dos caras de la misma medalla. No sólo la memoria, también el olvido es una construcción social. Pueden conjeturarse entonces algunas razones sociológicas del olvido. En los últimos veinte años la sociedad chilena ha sufrido una profunda transformación. Este cambio estructural, inducido por la expansión de la economía de mercado y por las relaciones sociales autoritarias, estuvo escamoteado por el protagonismo de la dictadura. Recién con el advenimiento de la democracia se hace patente al sentido común. Su rasgo básico es la transformación de los vínculos sociales y del modo de vida.

La interiorización de criterios de mercado (competividad, utilidad, eficiencia) modifica los hábitos y las actitudes de la gente. Por otra parte, una herencia de temores y desconfianzas recíprocas marca las actitudes hacia los otros. Ambos factores provocan un proceso de privatización y retracción. La privatización de los servicios públicos y de las estrategias biográficas va acompañada de una individualización de las conductas. El temor de los otros nos arrincona dentro del hogar y la retracción al hogar restringe la memoria al álbum familiar. Paralelamente se transforman los espacios públicos; devienen más una yuxtaposición de múltiples ámbitos diferenciados que una instancia de integración social. Prevalece una "cultura de la imagen" (televisión) que empobrece las estructuras comunicativas habituales. En consecuencia, observamos una segmentación de los espacios de encuentro y conversación sociales. Y allí donde no existe un vínculo social fuerte no hay soporte ni material para construir memorias colectivas. Esta puede ser la razón de la "memoria por olvido" que Steve Stern (1998) indica como tipo predominante.

Sin embargo, son posibles otras interpretaciones. Quizás los chilenos tengan más bien una "memoria silenciosa" que una "memoria por olvido". El silencio no equivale a un olvido. El pasado está presente, aunque callado. No habla, no tiene palabra. Se trataría, en el fondo, de memorias colectivas que no logran reflexionar y nombrar los procesos en marcha. Nos parece plausible suponer que las transformaciones en curso son tan vertiginosas y de tal envergadura que resulta extremadamente difícil dar cuenta de lo acontecido. En otras palabras, la brecha entre el presente y el pasado puede ser mucho mayor que la distancia entre el orden democrático y la dictadura.

4. La memoria y el futuro

La política de la memoria es más que administración del pasado, y sus efectos van más allá de nuestra relación con los conflictos vividos. Ella es parte de la construcción social del tiempo y la manera de relacionarse con el pasado enmarca las posibilidades y sentidos del futuro.⁴

El desvanecimiento del futuro

Estudios preliminares sobre las aspiraciones de futuro de los chilenos arrojan resultados sombríos. Existe cierto bloqueo de los sueños. No sabemos si las personas ocultan sus aspiraciones, si no logran verbalizarlas o si temen que los sueños vuelvan a transformarse en pesadillas. En todo caso, suelen manifestar pocas esperanzas en el futuro. Predomina un discurso de la desesperanza, sea por desencanto con el estado de cosas, sea por resignación a desear siquiera una sociedad diferente. En ausencia de proyectos colectivos, las aspiraciones quedan

⁴ Jaime Guzmán, mentor civil del gobierno militar, es muy explícito en señalar que la represión no se justifica en relación al gobierno de Allende, sino solamente en vistas al futuro. "La necesidad de corregir desórdenes pre-existentes nunca es argumento suficiente para justificar medidas de alcance tan conflictivo. Creación nueva es la única cosa que pudiera darles sentido suficiente y al mismo tiempo modificar los criterios por los cuales dichos actos son juzgados. (...) En la perspectiva de abrir un nuevo período histórico la Junta no debería temer la dureza, sino por el contrario considerarla como su mejor llave de éxito". Documento de 1974, retraducido de Barros, Robert: *By reason and Force: Military constitutionalism in Chile, 1973-1989*; tesis doctoral, Universidad de Chicago, 1997). La detención de Pinochet en Londres y sus consecuencias en la opinión pública nacional muestra el fracaso de esta estrategia y ha obligado a sus partidarios a buscar una legitimación del "golpe" en base a los "desórdenes pre-existentes".

limitadas a propuestas individuales. El deseo de un "mañana mejor" parece circunscrito al ámbito de la intimidad, la familia y las proyecciones laborales.

La drástica retracción de los horizontes tiene diversas razones. Posiblemente el fenómeno participa de ese movimiento global de reestructuración llamado "posmodernidad". La pérdida de la tradición, el desanclaje de espacio y tiempo, el fin del mundo bipolar, la globalización y el debilitamiento de las identidades nacionales, las transformaciones de la identidad del Yo, todo ello dificulta una construcción deliberada del futuro.

En el caso de Chile, el desvanecimiento del futuro remite de manera especial a la relación entre futuro y pasado. Relación de doble sentido: una débil noción de futuro debilita la lectura del pasado y, a la inversa, el silenciamiento del pasado resta capacidades para crear un horizonte de futuro. La conjunción de "crisis asiática" y "affaire Pinochet" ilustra el condicionamiento recíproco. Tras años de crecimiento fuerte y sostenido, súbitamente las turbulencias financieras muestran la vulnerabilidad frente a un "shock externo". El futuro revela una arbitrariedad que escapa a la voluntad y a las capacidades propias. Los esfuerzos realizados parecen vanos de cara a los avatares económicos. En este contexto, el silencio en torno al régimen militar aparece igualmente como un sacrificio vano. A pesar de la "buena conducta" de los chilenos, Pinochet ha vuelto a invadir su vida diaria, demostrando que las divisiones del pasado no desaparecieron.⁵

Recuerdos del futuro pasado

La relación entre pasado y futuro varía según el punto presente en la línea cronológica del tiempo. Hay diferentes futuros: el "futuro presente" del día de hoy, que es el "presente futuro" del día de mañana. Y también el "futuro pasado": lo que ayer se vislumbraba como futuro. Pues bien, el desdibujamiento del futuro presente

⁵ Un cuento de Maupassant, "El aderezo", resume la situación. "Su protagonista, una joven de ingresos modestos, pide prestado un collar de diamantes a una rica conocida para asistir a un baile; para su desgracia, le roban el collar. Ella decide entonces devolverlo, y convierte dicha devolución en un asunto de honor. Pide prestada una enorme suma de dinero y compra otro collar idéntico. El resto de su existencia se verá profundamente conmocionado por los pagos de la deuda contraída. Años después, ya en el declive de su vida, reencuentra a su antigua protectora y le confiesa, llena de orgullo, el incidente. 'Mi pobre amiga, exclama ésta, los diamantes eran falsos, el collar no valía nada.'" (citado por Todorov 1998,82 para ilustrar la melancolía postautoritaria en Europa Central)

tiene que ver con el **futuro pasado**. Hay una "memoria del futuro" - la memoria de "lo que pudo haber sido" - que condiciona las expectativas del futuro presente.

El bloqueo de los sueños que apreciamos en Chile es, en parte, un producto de la memoria. Una memoria que vincula el pasado (dictadura) con un futuro pasado (advenimiento de la democracia). Nos referimos a las expectativas frustradas en relación con dos futuros esperados. En primer lugar, con el horizonte abierto por la **promesa** del plebiscito de 1988: "la alegría ya viene". Una consigna eficaz que contrapone a los "años de plomo" un llamado a los afectos. La promesa de un cambio si no de las condiciones de vida, al menos del modo de vida. Un cambio en la manera de vivir, de respirar, de relacionarse. Ese futuro anunciado no se realiza. Los ocho años de democracia significan mejoras extraordinarias en muchos sentidos, incluyendo el bienestar económico. Sin embargo, estos años no lograron renovar las relaciones humanas y, por ende, el ámbito en que nace la alegría.

En segundo lugar, no se cumplen las **expectativas de justicia**. Como señalamos anteriormente, esa demanda reivindicada enfáticamente en el discurso de Aylwin sobre el Informe Rettig, pronto es opacada por las fuerzas de oposición. El juicio al General Contreras no logra revertir el aprendizaje en curso: hay violaciones de los derechos humanos, pero no hay responsables. Se trata de un aprendizaje social perverso que parte con las violaciones a los Derechos Humanos y continúa con las anomalías administrativas y con las exculpaciones políticas: porque el otro no es responsable de sus actos no confíes en él. La desconfianza generalizada en las relaciones interpersonales, tan notoria en el Chile actual, reproduce el clima de sospecha generalizada, tan típico del período autoritario. Un pasado percibido como una historia sin sujetos responsables desemboca en un futuro huérfano: no somos dueños de nuestra historia ni de nuestro destino.

Una lección posible es la renuncia al futuro esperado: el síndrome de las "uvas verdes". No hay que desear lo imposible. Pero hay otra lección posible: puede haber alternativas. La imagen de "lo que pudo haber sido" sigue presente soterradamente como sueño de "lo que podrá ser". La mente (como la cultura) es un palimpsesto en el cual se sobreponen múltiples signos. Finalmente, toda memoria es memoria de otras memorias.

El poder normativo de lo fáctico

Cuando la realidad se presenta como el resultado cuasi-automático de variables que no son manejadas por los sujetos sociales - piénsese en el mercado, la globalización, los equilibrios macroeconómicos - y ello es presentado como exitoso, entonces poco sentido tiene preguntarse acerca del orden deseado. En un orden social que se autodeclara autónomo respecto de la subjetividad, parece no haber lugar para las aspiraciones.

Este automatismo cuenta con la complicidad de la memoria. La memoria colectiva retiene la imposición *manu militari* del "modelo neoliberal"; una memoria que es actualizada por la persistencia de los "poderes fácticos". Es decir, la memoria funciona como proceso de interiorización de las normas fácticas. Una vez internalizado que el orden social y económico está sustraído al gobierno político, la participación en la política y el futuro como su horizonte carecen de sentido.

El mañana deja de ser un tiempo disponible y moldeable. Ya no representa un horizonte de objetivos y finalidades sociales. Si la vida social (el "sistema social") obedece fundamentalmente a sus lógicas funcionales intrínsecas, el futuro pasa a ser el escenario de oportunidades y riesgos contingentes. Un escenario de estrategias individuales, no de acciones colectivas.

La nostalgia del pasado lejano

Los chilenos valoran positivamente los cambios ocurridos y reconocen que tienen un mejor bienestar que sus padres. El acceso a bienes y servicios, aunque desigual, permite a todos mejorar su nivel de vida. Por consiguiente, favorecen el proceso de modernización en curso. Simultáneamente empero, resienten las deficiencias del "modelo". Se ha diagnosticado un difuso malestar que se expresa de múltiples formas: sentimiento de inseguridad frente a los infortunios, de desvalidez frente a la "lógica del sistema", de desconfianza en las relaciones sociales, de incertidumbre frente al futuro y desasosiego acerca del "sentido de vida" (PNUD 1998). Sin duda, el actual proceso de individuación conducirá a nuevas formas de lo social en el futuro. Por ahora, sin embargo, las carencias remiten al pasado. Pero ya no es la memoria del pasado reciente, doblemente

hipotecado por la represión y los defectos del "modelo económico", sino la nostalgia del pasado lejano.

En la medida en que el futuro no tiene un sentido inteligible ni aparece como un horizonte esperanzador, el mañana mejor tiende a ser reemplazado por un pasado dorado. De modo latente, existe una idealización del país de antes, de la vida en el campo, del barrio, del liceo fiscal y del Servicio Nacional de Salud. Reina por sobre todo una añoranza de la sociabilidad de antaño, cuando había tiempo para la familia y la amistad, un trato cordial y generoso, tranquilidad en las calles y solidaridad entre la gente. Se busca en el pasado imágenes de hábitos familiares de convivencia amigable, todo lo opuesto al pasado reciente. En lugar de rememorar ruptura y división, se añora lo ausente: el vínculo social.

Pero la nostalgia encierra una paradoja. La definición del diccionario "tristeza melancólica originada por el recuerdo de una dicha perdida" señala el hecho de fondo: la vida no tiene réplica. Si el objeto de la nostalgia es lo irreversible, entonces la añoranza del pasado representa, en el fondo, la nostalgia de un presente que desaparece irremediamente. Puede ser también, como afirma Tabucchi en un estudio sobre Pessoa, una nostalgia de lo posible: la evocación de lo que alguna vez pudo ser. No memoria de hechos concretos, sino celebración casi metafísica de un pasado del cual sólo se retiene su espíritu, su sentimiento (Tabucchi, 1998).

La socialización del desengaño

En la medida en que la gente no conversa sus experiencias, no comparte sus miedos y anhelos tampoco puede elaborar memorias colectivas. Por sobre todo, no logra procesar los desplazamientos y resignificaciones que operan continuamente las memorias individuales. Así como la interpretación del "11" varía según las vivencias del período anterior, así posteriormente el significado del gobierno militar sufre múltiples relecturas. Cuando tales reinterpretaciones no pueden ser conversadas y reflexionadas, las trayectorias individuales devienen ininteligibles. La persona no logra dar cuenta y reconocerse en su historia de vida; los eventuales cambios de posiciones ideológicas y en el juicio ético aparecen

arbitrarios o franca traición. Ello se expresa en la novela chilena actual, cuyos personajes suelen compartir un rasgo sobresaliente: la orfandad (Cánovas 1997).

Los jóvenes suelen pensar que el futuro esperado no trajo cambios para ellos, que la democracia no cumplió sus promesas. En consecuencia, un alta proporción de ellos ni siquiera se inscriben en los registros electorales. Sus aspiraciones se concentran en el ámbito personal y por lo demás, acarician fantasías de fuga. Prevalece, en suma, un desencanto, más resignado que rebelde. Cabe suponer que este desencanto nace no sólo de la experiencia vivida, sino también de la memoria transmitida por los padres.

Un modo de escapar al vértigo de un presente avasallador es dar un paso atrás; buscar en el tiempo pasado más que en el futuro, los criterios para evaluar el presente. En tal retrospectiva los padres son objeto de sentimientos encontrados. Por un lado, objeto de envidia: ellos pudieron tener sueños, ellos participaron de proyectos colectivos. Por el otro, bronca: nos entregaron un país dañado y un futuro imposible. Parece haber una conciencia desgarrada: los jóvenes no pueden olvidar ni quieren revivir el pasado. ¿Qué hacer con él?⁶

La socialización familiar ofrece un "puente" al desgarramiento del presente mediante una reinterpretación del pasado. Estudios exploratorios dan la impresión que muchos padres tienden a desmentir la imagen dorada del pasado. Recuerdan, por el contrario, su experiencia como un engaño. Transmiten un mensaje desengañado: en nombre de una causa ilusoria y abstracta, fueron usados (abusados) por otros y despojados de lo que realmente importa, su vida propia, sus vínculos y sus lenguajes. Esta "memoria del engaño" transmite una visión dualista, que opone el "nosotros" de la familia y los amigos, el país real que quiere trabajar en tranquilidad, a los "otros", los que introducen la ilusión y la división, los políticos. El mensaje tácito es: hijos, no se metan en política. El círculo se cierra cuando los jóvenes expresan la frustración de sus deseos mediante la retracción de la política. La memoria desencantada de los jóvenes se entrelaza con la memoria desengañada de los viejos.

Santiago de Chile, noviembre 1998

⁶ En la Alemania de posguerra, la joven generación se interesó por el futuro que se abría, no por el pasado nazi. Recién en 1968, a partir de su propia experiencia del autoritarismo (en la familia, la escuela, la universidad y en una sociedad conformista) replantea el nazismo como tema prioritario.

BIBLIOGRAFIA

- Arendt, Hannah: *De la historia a la acción*, Paidós, Barcelona 1998
- Augé, Marc: *Les formes de l'oubli*, Manuels Payot, Paris 1998
- Blumenberg, Hans: *Schiffbruch mit Zuschauern*, Suhrkamp, Frankfurt 1979
- Canovas, Rodrigo: *Novela chilena. Nuevas generaciones*, Universidad Católica, Santiago 1997
- Castells, Manuel: *The Rise of Network Society*, Blackwell, Oxford 1996
- Corradi, Juan, P.Weiss-Fagen y M.A.Garretón (comp.): *Fear at the Edge*, University of California Press 1992
- De la Parra, Marco Antonio: *La mala memoria*, Planeta, Santiago 1997
- Giddens, Anthony: *Modernidad e identidad del yo*, Península, Barcelona, 1995
- Güell, Pedro: Opfer und Menschenrechte: Die rituelle Dimension der Suche nach Versöhnung in Lateinamerika, en: Ammon G.; Eberhard, Th., *Kultur, Identität, Kommunikation*, Eberhard, Muenchen, 1993
- Harvey, David: *The condition of Postmodernity*, Blackwell, Oxford, 1990
- Koselleck, Reinhart: *Futuro pasado*, Paidós, Barcelona 1993
- Lechner, Norbert: Nuestros miedos, en: *Perfiles Latinoamericanos*, FLACSO, México, diciembre 1998
- Lechner, Norbert: El malestar con la política y la reconstrucción de los mapas políticos, en Rosalía Winecur (comp.) *Culturas políticas a fin de siglo*; Juan Pablos Ed.-FLACSO, México 1997
- Le Goff, Jacques: *El orden de la memoria*, Paidós, Barcelona 1991
- Lira, Elisabeth y M.I.Castillo: *Psicología de la amenaza y del miedo*; Ed.ILAS-CESOC, Santiago 1991
- Moulián, Tomás: *Chile actual. Anatomía de un mito*, ARCIS-LOM, Santiago 1997

North, Douglas: *Instituciones, cambio institucional y desempeño económico*, Fondo de Cultura Económica, México 1993

Ortega, Eugenio: *Sociedad, ecología y mercado en un mundo globalizado*; manuscrito, Santiago, octubre 1998

PNUD: *Desarrollo Humano en Chile, 1998*; PNUD, Santiago 1998

Stern, Steve: *De la memoria suelta a la memoria emblemática* (ponencia del Taller del SSRC sobre Memorias Colectivas, Montevideo 1998)

Tabucchi, Antonio: *La nostalgie, l'automobile et l'infini*, Seuil, Paris 1998

Tocornal, Ximena y M.P. Vergara: *La memoria del régimen militar*; Documento de Trabajo 35, Centro de Investigaciones Sociales, Universidad ARCIS, Santiago 1998

Todorov, Tzvetan: *El hombre desplazado*, Taurus, Madrid 1998.